

leyesen teología en aquella universidad. Fueron á Viena los nuestros el mismo año de mil y quinientos y cincuenta y uno, y mandólos aposentar el Rey en un cuarto del monasterio de Santo Domingo, apartado de los frailes. Despues, por no tener á aquellos padres religiosos ocupada su casa, se pasaron los nuestros á otro monasterio que habian desamparado los frailes carmelitas, dándole á la Compañía de buena voluntad los superiores de aquella religion. En este colegio de Viena, el año de mil y quinientos y cincuenta y dos, día de la Transfiguracion, pasó desta vida á la inmortal el padre Claudio Yayo, uno de los primeros diez padres de la Compañía. Fué natural de Saboya; trabajó bien y fiel y diligentemente en la defension y acrescentamiento de la fe católica, en Italia, Baviera, Suecia, Austria y en toda Alemania. Y en la dieta de Augusta se señaló muy particularmente en servicio de la santa Iglesia romana, con notable fruto y reconocimiento de todos los católicos. Él fué el que declaró á los tudescos católicos el nombre, principios y progreso de la Compañía, con tanta gracia y prudencia, que les ganó las voluntades y los aficionó á favorecerla. Y á los herejes resistió de suerte, que admirados de su virtud y doctrina, le convidaron á ir á Sajonia y á disputar con los maestros y ministros de sus errores. Lo cual no hizo por estar ocupado en la fundacion del colegio de Viena, donde murió. Fué hombre blando y manso de condicion; tenía, con una alegría de rostro apacible, una gravedad religiosa y suave; era señalado en el amor de la pobreza, aventajado en la oracion, muy avariento y escaso del tiempo, modesto en su conversacion, y en todas las cosas verdadero humilde. Rehusó con tanta gravedad y firmeza el obispado de Trieste, que todo el tiempo que desconfiaba de poderse escapar de tal dignidad estuvo casi en un continuo llanto y desconsuelo, y cuando se vió libre, volvió á su acostumbrada alegría y dulce conversacion.

CAPÍTULO VI.

Del principio y causas de fundarse el colegio Germánico.

No solamente procuraba Ignacio por medio de los padres de la Compañía hacer bien á las provincias de Alemania, dentro de la misma Alemania (como queda dicho), sino tambien en Italia buscaba su remedio, y deste cuidado tuvo principio el colegio Germánico, que en Roma, por medio de los nuestros, instituyó el papa Julio III, este año de mil y quinientos y cincuenta y dos. Y aunque este colegio no es propriamente de la Compañía, yo le cuento entre los nuestros, porque la Compañía tiene todo el peso y gobierno dél, y así podemos decir que de nuestra Compañía nacen los grandes frutos que deste colegio recibe la Iglesia de Dios. Fué pues su origen desta manera. Desvelábase Ignacio en pensar de día y de noche cómo se podrían remediar los males de toda la cristiandad, y curarse las partes más flacas y más enfermas della,

y sobre todas las otras, le congojaba el cuidado de Alemania, porque la veía más llagada y afligida que las otras provincias; y tratando desto un día con el cardenal Juan Moron, varon de singular prudencia, el Cardenal le propuso esta obra del colegio Germánico, como cosa que por haber sido legado apostólico en Alemania, y conocido los humores de aquellas gentes, pensaba que podría ser de grande provecho para reducir aquellas provincias tan estragadas á la obediencia y subyeccion de nuestra santa fe católica. Persuadiase este prudentísimo varon, no sin gran fundamento, que todo el mal que ha venido á Alemania ha nacido principalmente de la ignorancia y de la mala vida de los eclesiásticos, y que así el remedio ha de venir de las causas contrarias, que son la doctrina maciza y católica de los curas y predicadores, y de su vida ejemplar. Y que convenia que los doctores y pastores de los alemanes fuesen tambien alemanes; porque siendo de una misma nacion, costumbres y leyes, y hermanados con el vínculo estrecho de la naturaleza, serian más amados, y el amor les haria camino para persuadirlos su doctrina, y siendo de la misma lengua, serian mejor entendidos, y ternian mayor fuerza para imprimir en sus corazones la verdad. Pues pensar que en Alemania se hallan tantos destes tales maestros, cuantos para una provincia tan extendida y por todas partes tan necesitada son menester, es cosa excusada. Antes estos pocos que hay, se van cada día acabando, y por el contrario, los maestros herejes son muchos, y como malas yerbas, cada día crecen y se multiplican más. Por estas causas pareció cosa muy acertada hacer un seminario, en el cual, ántes que se acabase de secar en Alemania la raiz de la católica y verdadera doctrina, se fuese sustentando y reviviendo, y los mozos tudescos de escogidos ingenios é inclinados á la virtud, desde aquella edad que es más blanda y más fácil para imprimirse en ella todo lo bueno, aprendiesen las letras y ceremonias y costumbres católicas.

Este seminario no se podia bien hacer en Alemania, porque aunque se tomara el más puro y más incorrupto lugar de toda ella, no podia haber seguridad que los estudiantes mozos y simples, rodeados por todas partes de herejes, no peligrasen entre tan astutos y pestíferos basiliscos, y se les pegase el mal tan contagioso, y se inficionasen con la ponzoña de su perversa y diabólica doctrina. Pues para hacerse fuera de Alemania, ningun asiento de ciudad ni universidad podia ser más á propósito para este fin que la ciudad de Roma (1), por concurrir en ella, más que en otra ninguna, muchas cosas que pueden ayudar á conservar y acrecentar la verdadera y católica religion en los ánimos de aquella juventud, como son la seguridad de la doctrina que se enseña, la santidad de

(1) Todo este párrafo, desde donde dice este seminario, lo habia tachado RIVADENEIRA, diciendo solamente: Este seminario pareció que en Roma estaria mejor que en otra parte. No se admitió la enmienda.

la misma ciudad, la muchedumbre de los católicos que por su devocion á ella vienen, la reverencia y respeto que trae consigo aquella religion, que demas de ser tan antigua, se sabe haber sido predicada en aquel sagrado lugar por los principes de los apóstoles y regada con su preciosa sangre. Y finalmente, la presencia de los sumos pontífices, que con su santo celo y liberalidad podian sustentar este seminario, y ganar las voluntades, con sus beneficios y buenas obras, á aquella gente. Esta fué la principal causa y motivo que hubo de instituirse el colegio Germánico. Inventóle (como dijimos) el cardenal Moron, y comunicado con Ignacio y con otros varones gravísimos, finalmente vino á ser aprobado y favorecido del papa Julio III y de todo el sacro colegio de los cardenales, y para que se pudiese mejor establecer y perpetuar, señaló el sumo Pontífice de su parte cierta renta cada año, y los cardenales de la suya (cada uno segun su posibilidad) contribuian alegrememente para la sustentacion de los estudiantes alemanes de aquel colegio. De manera que descuidados ellos de buscar lo necesario para su sustento, se empleasen todos enteramente en aprender las letras y costumbres convenientes al fin para que allí se crian. Dióse á Ignacio el cargo de buscar, escoger, y hacer venir á Roma, de todas las partes de Alemania, esta juventud, y de regirla, instruirla y enseñarla. El cual cuidado recibió él con gran voluntad, así por serle mandado por su Santidad, como por la importancia del negocio. Vinieron á Roma muchos mozos tudescos de grande espectacion, señalóseles casa en que viviesen, dióles Ignacio personas escogidas de la Compañía que los gobernasen, hizoles las reglas y estatutos que debian guardar. Proveyó que en nuestro colegio romano tuviesen buenos maestros, que les leyesen las facultades y ciencias que habian de oír. De una sola cosa no quiso que se encargase la Compañía, que fué del dinero y cuentas y lo que tocaba á recibo y gasto, ni jamas se pudo acabar con él que los nuestros se embarzasen en semejantes cosas, que suelen ser sujetas por una parte á mucha solicitud y trabajo temporal, y por otra á murmuracion y sospecha; y así, esta parte se encomendó á personas fuera de la Compañía. Pero como Julio III murió, faltando con su muerte la limosna que él daba para esta obra tan excelente y necesaria, temiendo Ignacio que por la carestía que en Roma sucedió de mantenimientos, y por el bullicio y alborotos de la guerra que hubo en tiempo de Paulo IV, no se deshiciese lo que con tanto trabajo y fruto se habia comenzado, repartió mucha parte de aquellos mozos tudescos (holgando ellos dello) por diversos colegios de la Compañía, para que en ellos se sustentasen hasta que pasase aquella tempestad y ruido de las armas, y los demas sustentó en Roma, buscando para ello dineros con harto trabajo y solicitud de su persona, obligándose él á pagar lo que se le daba. Y sacóle Dios nuestro Señor muy á su salvo destas deudas

dándole liberalmente despues con qué, hasta la pos-trera blanca, se pagasen todas, conforme á la gran confianza que el mismo Dios habia dado á este su siervo para esta obra. Porque en el mismo tiempo de tanta apretura y esterilidad, dijo Ignacio que no desmayase nadie, ni pensase que habia de faltar el colegio Germánico por falta de mantenimiento, porque día vernia en que tuviese tan cumplidamente todo lo que hubiese menester, que ántes le sobrara que faltase. Y en sus principios, estando Ottho Thruses, cardenal de la santa Iglesia de Roma y obispo de Augusta (que fué siempre muy valeroso defensor de la fe católica y singular protector del colegio Germánico), con algun recelo que esta obra no pasase adelante, por las muchas dificultades que cada día más en ella se le ofrecian, el padre Ignacio le envió á decir que tuviese su señoría ilustrísima buen ánimo, y se fiase de Dios, que él le ayudaría y favoreceria en cosa que le era tan agradable y para tanto servicio suyo. Y áun dijo más: que si el Cardenal no quisiese ó no pudiese llevar adelante esta empresa, que él la tomaria sobre sí, confiado de la misericordia y liberalidad del Señor. Y el tiempo nos ha mostrado bien que no se engañó, porque el mismo Señor, que fué el que al principio movió los corazones del papa Julio III y de los cardenales para fundar el colegio Germánico, ese mismo despues ha movido é inspirado á nuestro muy santo padre Gregorio XII á levantarle, que estaba caído, y acrecentarle, y darle en Roma casa propria, y dotarlo y establecerle con muy bastante renta perpétua, por el gran celo que tiene su Santidad de conservar lo que queda, y de cobrar lo que está perdido de la religion católica en Alemania. Y esto es cierto con mucha razon. Porque habiendo los otros Gregorios, pontífices santísimos, sus predecesores, plantado la fe de Jesucristo nuestro Redentor en aquella provincia, y dilatádola y extendídola por toda ella, con tan esclarecida gloria de Dios y suya, y habiendo puesto en ella la majestad y grandeza del imperio romano, dando la eleccion á los principes electores de Alemania, era cosa muy justa que nuestro último Gregorio siguiese las pisadas de los otros Gregorios, sus predecesores, y hiciese una obra tan señalada y tan illustre, de la cual esperamos la restauracion y aumento de nuestra santa fe en aquella nobilísima provincia.

CAPÍTULO VII.

De la muerte del padre Francisco Javier.

En este mismo año de mil y quinientos y cincuenta y dos, el padre Francisco Javier, habiendo partido de la India á predicar el Evangelio á los chinas y á dar á aquellos pueblos ciegos los primeros resplandores de nuestra fe, en la misma entrada de aquella provincia falleció. Este padre fué de nacion español; nació en el reino de Navarra, de noble familia; fué criado con mucho cuidado de sus padres, y pasados los años de la niñez, fué enviado á estudiar á París, donde aprovechó tanto en

los estudios, que vino á leer públicamente la filosofía de Aristóteles, y tratando con Ignacio, que estudiaba la misma facultad, aprendió del otra más alta y divina filosofía, y determinó de juntarse y hermanarse con él y vivir en su compañía, en una misma manera de vida. Vino despues con los otros padres sus compañeros á Italia, y habiendo pasado muchos trabajos, peregrinando, mendigando, sirviendo en hospitales, predicando y ayudando en otras muchas maneras á los prójimos, fué de Ignacio enviado de Roma á Portugal, para de allí pasar á la India, el año de mil y quinientos y cuarenta, de la manera que en el segundo libro contamos. En esta jornada, pasando muy cerca de su tierra, ni el amor de la patria, ni los ruegos de sus parientes y amigos, no pudieron acabar con él que por verlos torciese un poco el camino. Llegado á Portugal, fué muy bien recibido de aquellos pueblos, y muy amada y aprobada de todos su vida y doctrina. De allí se partió (como dijimos) el año de mil y quinientos y cuarenta y uno, y se hizo á la vela, á los siete de Abril, en la capitana del virey don Martín Alonso de Sosa, llevando consigo dos compañeros, que se decian el uno Pablo, que era italiano, y el otro Francisco Mansilla, portugueses. En esta navegacion larga y peligrosa se hubo de tal manera el padre Francisco, que á los enfermos con su industria y trabajo, y á los sanos servia con su enseñanza y doctrina, á los presentes daba edificacion, y á los nuestros que despues le habian de suceder dejó un modelo de cómo se han de haber en semejantes navegaciones, y á todos ejemplo y admiracion de sí mismo. Invernaron en Mazambique (*sic*) aquel año ántes de llegar á la India, y en seis meses que se detuvo el armada en aquellos ásperos y malsanos lugares, sirvió con singular caridad y diligencia á los enfermos della, así soldados como marineros. Dejó señales vivas de su virtud en Melinde, ciudad de moros y cabeza de aquel reino, y tambien en Cocotora, que es una isla de cristianos, pero muy estéril y fragosa. Y finalmente, á los seis de Mayo de mil y quinientos y cuarenta y dos, llegó á la ciudad de Goa. Allí se fué á vivir al hospital de los pobres, en el cual empleaba su tiempo en curar los cuerpos y las almas de los dolientes. Por la mañana confesaba á los que le venian á pedir confesion, á la tarde á los presos y encarcelados, y enseñaba á los niños la doctrina cristiana; los domingos y fiestas salia fuera de la ciudad, é iba á visitar con su caridad á los leprosos y otros enfermos de enfermedades contagiosas, y dejábalos consolados. Habiéndose ocupado en estas obras algun tiempo, y hecho como su probacion y noviciado, y causado grande maravilla de sí en Goa, pasóse á aquella parte de la India que llaman la Pesqueria, ó cabo de Comorin, donde convirtió grande número de infieles, sacándolos de las tinieblas de la infidelidad y trayéndolos á la luz del Evangelio, y enseñóles los principales misterios de la fe. Habiendo fundado en aquella comarca más de cuarenta iglesias, y dejádoles maes-

tros que los acabasen de enseñar é instruir, se pasó á Mazacar, donde trujo á la fe de Jesucristo dos reyes, y con ellos una gran multitud de sus pueblos. El mismo oficio hizo despues en Malaca, y de allí se fué á las islas Malucas, no por codicia de las especerías que otros van á buscar, sino por las perlas y joyas de tantas almas que veía perecer. En el pueblo que se dice Maluco fueron sin número los niños que bautizó, y dejó tan arraigada y plantada en los corazones de la gente la doctrina cristiana, que hombres y mujeres, niños y viejos, cantaban por las calles los mandamientos de la ley de Dios, y el pescador en su barca, y el labrador en su labranza, hacian esto por su entretenimiento y recreacion; y el buen padre, no contento con haberse fatigado todo el dia con el peso de tantos trabajos y ocupaciones, tomaba cada noche una campanilla, y iba con ella por las calles despertando al pueblo y amonestando á todos en alta voz que rogasen á Dios por las ánimas de purgatorio. Despues anduvo visitando siete lugares de cristianos en Amboino, que no tenían otra cosa de cristianos sino el nombre, y redujolos todos al conocimiento y amor de la doctrina y vida cristiana. Oyó allí decir que estaba cerca de Maluco una isla llamada del Moro, donde habia gran número de personas cuyos antepasados habian sido bautizados; mas muriéndoseles los sacerdotes que los habian bautizado, se habia ya casi perdido la memoria, sin quedar en ellos rastro de fe, porque ninguno osaba ir á ellos, ni tratarlos, por ser la gente tan bárbara y tan fiera y bestial, que no se podia tratar con ellos sin grandes trabajos y notable peligro de la vida. Determinó Francisco Javier de ir á esta isla, moviéndole, no sólo el celo de la salud de aquellas almas, pero tambien de la suya propia, porque juzgaba que la necesidad espiritual que tenían era extrema, á la cual él estaba obligado á socorrer, aunque fuese á costa de su propia vida; porque rumiaba con atencion y pesaba aquellas palabras de nuestro Redentor: «Quien ama su vida, la perderá, y quien por mí la perdiere, la ganará.» El cual lugar del Evangelio, decia él que parecia claro á los que le leian y solamente miraban por defuera las palabras, mas que era muy obscuro á los que le quisiesen poner por la obra y experimentar. Es aquella isla del Moro muy áspera y fragosa, y tan desamparada de la naturaleza, que parece que de ninguna de las cosas necesarias para la vida humana la ha proveído; óyense continuamente en ella horribles ruidos y espantosos, como bramidos; tiembla muchas veces la tierra con grandes y cotidianos terremotos, que asombran y espantan. Los naturales no parece que tienen condicion ni costumbres de hombres, sino de unos monstruos y cruels fieras, porque su mayor pasatiempo es matar y degollar hombres y hacer carniceria dellos. Cuando no pueden hartar con la sangre y muerte de hombres extraños su insaciable crueldad, sin respeto ninguno de la naturaleza, se quitan la vida los hijos á los padres, y los padres

á los hijos, y las mujeres á sus maridos, y cuando los hijos ven á los padres viejos y cargados de edad, los matan y se los comen, convidándose unos á otros con las carnes de los que los engendraron. Querian muchos de sus amigos y devotos desviar al padre Francisco desta jornada, tan llena de manifiestos peligros de la vida, y con lágrimas le decian que mirase que de su vida colgaban las vidas de muchos, y de su salud corporal la salud espiritual de tantos millares de almas, y que no aventurase por poco cosa que importaba tanto; mas como él hubiese puesto toda su confianza en las manos de Dios, y desease comprar con su vida temporal la eterna de aquellas almas, tan destituidas de otro cualquier remedio, no se dejó vencer, ni quiso tornar atras de su propósito. Dábanle al tiempo de la partida sus amigos muchos remedios contra la ponzoña (porque tambien aquella gente bárbara suele con ella matar), pero él no quiso tomar ninguno, sino poner todas sus esperanzas en Dios; y así se embarcó para la isla, y la anduvo toda, visitando y halagando á los moradores, ó por mejor decir, á los salvajes y bestias fieras de aquella tierra, á los cuales enseñó con el resplandor y luz del Evangelio, y con esta enseñanza los amansó y domesticó, andando entre ellos con una admirable seguridad y tranquilidad de su alma, porque sabia bien el cuidado que Dios tenía del, y que sin su voluntad no cae un cabello de la cabeza, porque él los tiene todos contados á sus escogidos. Eran tantas y tan grandes las consolaciones que de la mano del muy Alto continuamente recibia en aquella isla, que no sólo mitigaban los trabajos corporales que padecia, sino que los hacian dulces y sabrosos, por muchos y grandes que fuesen; por lo cual decia él que aquel lugar donde Dios regalaba tanto á sus siervos, no se habia de llamar la isla del Moro, sino la isla de la Esperanza, y pareciale que no podria vivir mucho en aquella isla sin venir á perder los ojos, de puras lágrimas y consuelo. Mientras él andaba en estas islas Malucas, vino un japon, llamado Anger, á buscarle á Malaca. Este era un hombre honrado y prudente, el cual, aunque era gentil, andaba muy afligido y con gran remordimiento de su conciencia, acordándose de los pecados que habia cometido en el tiempo de su mocedad, que por aquí le despertaba Dios para traerle á su conocimiento, y despues de haber intentado muchos medios para echar de sí esta fatiga y congoja, y consultado á sus bonzos (que así se llaman entre ellos sus sacerdotes y sabios), como en ninguna cosa hallase quietud ni paz, comunicó con unos portugueses, amigos suyos (que navegaban por aquellas partes), este su desasosiego y affligimiento de espíritu. Ellos le aconsejaron que fuese á la India á buscar al padre Francisco Javier, diciéndole que era grande amigo de Dios y varon de tanta santidad y obrador de tantas y tales maravillas, que si en el mundo habia de hallar remedio, sería en él, y que si en él no le hallase, tuviese su negocio por desahuciado; que en esta estima tenían

al padre Francisco los que le conocian y trataban. El japon Anger, con ser hombre apartado de la luz y verdadero conocimiento de Dios, creyó lo que los portugueses le dijeron, y fué tanto lo que deseó salir de aquel tormento que padecia, y alcanzar el sosiego y tranquilidad de su alma, que sin hacer caso de los trabajos de tan larga y tan peligrosa navegacion, y de que venia á buscar un hombre cristiano que él no conocia, se embarcó, y vino á Malaca por topar con el padre Francisco; que cuando me paro á pensarlo con la ponderacion que es razon, me corro y me confundo, viendo lo mucho que un puro gentil y hombre sin fe hizo por su salvacion, y lo poco que muchos de nosotros por la nuestra, siendo cristianos, hacemos; y juntamente me admiro de los medios de la providencia y eterna predestinacion de Dios, el cual tomó el deste hombre para alumbrar las tinieblas de aquella gentilidad; porque aportando á Malaca Anger, allí supo que el padre Francisco era ido á las Malucas, y así, desconsolado, se volvió al Japon; mas llegando ya cerca del Japon, una grande tempestad que á deshora se levantó le volvió á Malaca, donde halló al padre Francisco, que ya habia vuelto de las Malucas. Llevóle el padre á Goa, y allí luego le comunicó las verdades de nuestra santa fe, y se hizo cristiano en nuestro colegio. Pusieronle por nombre Paulo, y recibieronle en la Compañía como primicias de la conversion de la grande isla del Japon, descubierta pocos años ántes por los portugueses. Deste Pablo (que era hombre muy discreto y agudo, y entendido en las falsas sectas de los japoses) supo Francisco Javier que las islas del Japon eran muchas, mas que entre ellas habia una más principal y muy señalada en grandeza y poblacion y en los ingenios de los naturales, y crianza y doctrina, y en la muchedumbre y diversidad de sectas y copia de sacerdotes. Supo tambien que los japoses eran hombres tan dóciles y tan amigos de la razon, que fácilmente se persuaden á seguir la religion que ven que ni va apartada de la razon, ni discrepa de las costumbres y manera de vivir del que la enseña. Y como con esta informacion viniere bien lo que los portugueses y otros amigos suyos le decian, determinó de embarcarse para el Japon, y tomando consigo algunos padres y al mismo Pablo y á dos criados suyos (que tambien los habia convertido y bautizado), se puso en camino, en el cual, despues de haber pasado muchos y grandes peligros del mar y escapado de las manos de los gentiles, en cuya nave iba, que le querian matar, llegó al Japon y atravesó la isla, hasta llegar á la grande ciudad de Meaco (que es la más poblada y más principal del Japon), á pié y con mucha pobreza, frio y desnudez, andando corriendo tras los caballos de los japoses, como mozo y lacayo, por tener en ellos guía y seguridad; y habiendo convertido á la fe de Jesucristo, en Canga-xima, Bungo y Amanguche, obra de mil y quinientas almas, dejó en Japon á sus compañeros, para que cultivasen aquellas nuevas plantas y tu-

viesen cargo de las iglesias que él ya dejaba fundadas, y se volvió á la India, para enviarles más padres y hermanos de la Compañía que los ayudasen á trabajar, y llevasen adelante la labor que se habia comenzado en aquella gran viña del Japon. Y siendo informado que los japones en tiempos pasados habian tomado de la China (que es una provincia grandísima y muy extendida) todas sus ceremonias y leyes y costumbres de vivir, determinó de irse á la China, lo uno por llevar á los chinas la luz de la verdad y evangelio de Cristo; lo otro por parecerle que rendida aquella provincia, que era como la fortaleza, y vencidas las cabezas y los maestros de los errores del Japon, con más facilidad se rendirian despues los mismos japones, que eran sus discipulos, y se sujetarian al yugo de Jesucristo nuestro Señor. Con esta resolucion se metió en una nave, no llevando consigo persona de la Compañía, sino solos dos mozos naturales de la China. Llegado á una isla llamada Cantian (1), cerca de la China, entendió que no habia órden para entrar en la China, porque es ley inviolable que ningun extranjero éntre en ella, ni ningun chinés le meta ni le acoja dentro, so pena de muerte, ó á bien librar, de perpétuo y miserable captiverio. Mas el buen padre no se espantó del rigor de la ley, ni de la pena que de la transgresion della se le podia seguir; ántes, confiado en Dios y en la fuerza de la verdad que iba á predicar, buscó á un china, y prometió de darle como trescientos ducados de pimienta que le habian á él dado de limosna, si de noche, secretamente, le metia dentro de la ciudad de Canton, que es la primera entrada de aquella provincia, y le pusiese y dejase en alguna plaza de aquella ciudad; mas tratando él desta entrada, quiso nuestro Señor darle el galardón de sus trabajos y tomar en cuenta esta su voluntad y santo deseo de entrar, con tanto peligro suyo, á plantar el Evangelio en la China, y guardar la ejecucion y obra para otros padres de la Compañía, que despues han abierto este camino; porque el postrer día del mes de Noviembre, estándose aún en la mar, cayó enfermo, y encerrándose en su aposentillo, estuvo todo el día sin desayunarse, sacando del corazon continuos gemidos y amorosos suspiros, y repitiendo muchas veces estas palabras: *Jesu, fili David, miserere mei*; que quieren decir: Jesus, hijo de David, habed misericordia de mí; las cuales decia con voz tan alta y clara, que le oían los marineros y pasajeros. Un día despues, dándole á entender que ya se llegaba el dichoso fin de su peregrinacion, se hizo llevar á una peña muy áspera y alta roca, adonde, hablando familiar y dulcísicamente con su Criador y Señor, á la misma noche de aquel mismo día salió de la cárcel deste cuerpo mortal, comenzando el segundo día de Diciembre de mil y quinientos y cincuenta y dos años. Fué varon admirable, y no solamente á

(1) En la segunda edicion imprimió *Sau Gian*, y enmendó al márgen *Sau Chan*; pero no se admitió la enmienda, y ha seguido imprimiéndose *Sau Gian*.

los cristianos, sino á los mismos gentiles tambien de muy grande veneracion; conservóse Dios limpio en su virginidad y sin mancilla; fué deseosísimo de la virtud de la humildad, la cual, así como en todas las cosas la procuraba, así maravillosamente la sabia encubrir, por no ser por ella estimado ni tenido en más; de suerte que el procurarla y el encubrir, todo nacia del mismo afecto y deseo de la verdadera humildad. Su comer y vestir era vil y pobre; mendigaba de puerta en puerta su comida; si sus devotos y amigos le enviaban algo, todo lo daba á los pobres con el mayor secreto que podia; no comia más de una vez al día, y por maravilla gustaba cosa de carne ni bebia vino, si no era alguna vez siendo convidado de algun su amigo, porque entónces comia de lo que le ponian delante, sin hacer diferencia ninguna. Con los prójimos tuvo muy señalada y encendida caridad, y para socorrerlos y acudir á sus necesidades no rehusaba ningun trabajo ni fatiga. Dábale Dios singular gracia en sacar de pecados á los hombres mal acostumbrados y envejecidos en ellos. En sabiendo que alguno andaba enlazado y ciego en algun amor deshonesto, ó perdido de torpe aficion, no le iba luégo á la mano, mas con un santo artificio se le entraba por las puertas, hacíasele su amigo y familiar, y habiéndole ganado la voluntad, él mesmo se convidaba y se quedaba á comer con él. Cuando ya veia aquel alma dispuesta para oír las amonestaciones y consejos saludables, embestia con ella y venía á quitarle las malas compañías y ocasiones de pecar, y si no podia de un golpe arrancar todos los pecados, iba con tal suavidad y destreza ablandando poco á poco el corazon, que uno á uno los quitaba todos; y desta manera, con admirable prudencia y blandura, quitó á un hombre, una á una, ocho mujeres, con las cuales, no sin escándalo de muchos, vivía deshonestamente. En las adversidades y persecuciones era muy constante é invencible, colgado siempre de la divina Providencia, y della tan fiado (como sus pasos eran todos para la gloria de Dios y salud de las almas), que no dudaba muchas veces de entrar en la mar con tiempos contrarios, ni de acometer cosas en que habia manifiestos peligros de muerte, de los cuales Dios nuestro Señor milagrosamente le libró. Por tres veces padeció naufragio. Acontecióle, quebrada la nave, andar dos ó tres días nadando en las olas del mar sobre una tabla, y escapar por la misericordia divina, y despues de haber así escapado, estuvo mucho tiempo escondido entre breñas y bosques, por huir de las manos de los gentiles y bárbaros, que le buscaban para darle la muerte. Otra vez tambien escapó de la muerte que le tenían los gentiles ya urdida, metido dentro del tronco de un árbol en el campo, donde estuvo toda la noche escondido. En los mayores trabajos y persecuciones que tenia, era su ordinaria oracion pedir á Dios que á los muy duros sucediesen otros tan duros, y que nunca le disminuyese los trabajos, sino que se los acrecentase, acrecentándole con ellos la paciencia

y perseverancia. Era tan amigo de la oracion, que se le pasaban muchas veces las noches enteras orando, y siempre que podia, delante del Santísimo Sacramento, y si no, delante de la imágen de un Crucifijo, y esto sin dormir; y si le oprimia la flaqueza de la carne, poníase una piedra por cabeceira, ó alguna otra cosa dura, y durmiendo así en tierra, el sueño era breve y ligero, y muy á menudo le interrumpia con gemidos y suspiros, hablando con Dios; y conforme á esta vida y á los trabajos della, eran muy copiosas y maravillosas las consolaciones divinas que el Señor le enviaba. Cuando él pensaba que estaba solo y que ninguno le podia ver ni oír, la mano en el pecho y los ojos levantados al cielo, por la grande abundancia y fuerza de las consolaciones divinas, daba muchas voces á Dios, diciendo: «¡Basta ya, Señor mio, basta ya!» Andando por el Japon á pié, le aconteció algunas veces lastimarse los piés y hincarse las espinas, y tropezando en las piedras, herirse hasta saltalle la sangre viva, y iba tan arrebataado y tan transportado en Dios, que no sentia ningun dolor ni lo echaba de ver, por la grandeza y fuerza del amor con que lo pasaba, y deseaba padecer más. Azotóle una vez gravemente el demonio estando en oracion, mas no por eso la dejó. Su regalada virtud era la obediencia, y decia que esta virtud es potentísima, pues penetra la grandeza de la tierra y atraviesa el espantoso mar, y sobrepuja todas las dificultades y vence todos los peligros. Tenia grandísima reverencia á los obispos y á los otros preládos de la Iglesia, y predicaba y decia que se les debia todo servicio y sujecion. No dejaré de contar cómo vimos en Roma, el año de mil y quinientos y cincuenta y cuatro, al primer hombre que dentro del Japon recibió el santo bautismo. Llamábase Bernardo, natural de Cangoxima; era religioso, porque habia hecho los votos de la Compañía. Envióle el padre Francisco Javier para que se viese en Roma, como nueva y milagrosa fruta de la santa Iglesia, un hombre japon, cristiano y religioso, y tambien para que él mismo viese la majestad de la Iglesia romana y la policia cristiana en el culto divino, y tornado á su tierra, lo contase, como testigo de vista, á sus naturales. Tuve yo en Roma estrecha familiaridad con este nuestro hermano Bernardo, y confeséle todo el tiempo que en ella estuvo, y por esta causa pude tratar con él más íntimamente y con más estrecha y particular comunicacion. Poníame devocion el ejemplo de sus virtudes, porque sin duda me parecia un retrato vivo de los cristianos de la primitiva Iglesia. Dejando otras muchas cosas muy notables que dél podria contar, diré solamente lo que toca al padre Francisco, de quien en este capítulo escribo. Decíame, pues, Bernardo del padre Francisco tres cosas. La primera, que él mismo habia dormido siete meses en un aposento con el padre Francisco, y que en aquel breve y muy ligero sueño que el padre dormia, le oía muchas veces dar gemidos y suspiros y repetir dulcemente el santísimo nombre de Jesus, y que pre-

guntándole él algunas veces por qué sospiraba tanto y gemía, que le respondía que él no sabia nada de aquello, ni tal sentia. La segunda cosa que me contaba dél era, que se halló muchas veces presente cuando el padre Francisco disputaba de las cosas de la fe con gran muchedumbre de bonzos, y habia echado de ver que preguntándole ellos cuestiones muy diversas, y proponiéndole argumentos muy diferentes contra diversos artículos, cada uno segun el ingenio y las dudas que tenia, el padre Francisco respondia de tal manera á todos, que con sola una respuesta á todos ellos satisfacía y los dejaba sin duda y sin escrúpulo; y esto con tanta evidencia y claridad, como si á cada uno hubiera respondido por sí. La tercera, que él vió por sus ojos traer al padre Francisco muchos enfermos de várias enfermedades, y que en haciendo sobre ellos la señal de la cruz ó echádoles un poco de agua bendita, á la hora quedaban todos sanos; y así decia que los japones le tenían por más que hombre y como cosa enviada del cielo. Y no es mucho que los gentiles pensasen esto, porque es cosa averiguada que le honró Dios dándole la gracia y dón de hacer muchos y muy esclarecidos milagros en vida y en muerte, y los hace hasta el día de hoy su cuerpo. Sanó enfermedades de muchas maneras, alanzó muchos demonios de los cuerpos humanos, alumbró ciegos y resucitó muertos, fué en el dón de profecía muy excelente, porque descubrió muchas cosas secretas, y vió cosas en tiempos y en lugares muy distantes, las cuales acontecieron en el mismo día y en la misma hora que él, estando muy apartado y muy lejos de donde se hacian, las estaba desde el púlpito predicando al pueblo. Luégo que pasó desta vida, los mercaderes portugueses que iban en la nave y se hallaron á su muerte, tomaron su cuerpo, y vestido de sus ornamentos sacerdotales, que él llevaba para decir misa, le enterraron, cubriéndole todo de cal, para que comida con su fuerza toda la carne, quedasen los huesos secos, y ellos los pudiesen llevar á la India, adonde él habia rogado que le llevasen, acordándose del día de su resurreccion, y deseando estar en lugar sagrado, para mejor gozar y ser ayudado de los piadosos sufragios de los fieles. Pasados tres meses despues que le enterraron, quisieron volverse los mercaderes á la India, y pareciéndoles que ya estaria gastado el cuerpo, tornan á cavar la sepultura, y hallan las vestiduras tan sanas y enteras como se las vistieron, y el cuerpo tan incorrupto y sólido como cuando le pusieron, con su color natural como cuando era vivo, y la carne tan jugosa y fresca, sin ningun género de mal olor. Movidos con tan grande milagro los mercaderes, ponen el cuerpo así como estaba en el navio, y llegan á Malaca, escapando de gravísimos peligros, con increíble presteza y brevedad. Allí enterraron otra vez el cuerpo y le detuvieron otros doce meses, y se conservó con la misma entereza é incorrupcion. De Malaca le llevaron á Goa, donde fué recibido con procesion y universal concurso de todas las reli-

giones y de la ciudad, y fué depositado en la iglesia de nuestro colegio de Goa, donde de todo el pueblo es venerado y tenido en gran reverencia y opinion de santidad. Querer contar yo aquí todos los milagros que Dios ha hecho por este su siervo, en vida y en muerte, sería muy largo y fuera de mi propósito, porque no me puse yo á escribir en este libro las cosas que el padre Francisco Javier hizo en la India, que son muchas y muy averiguadas y admirables, y tales, que no se pueden decir en tan estrecha narracion como ésta, sino que piden libro por sí. Impreso anda uno de su vida y de las cosas del Japon, pero corto y no tan extendido como se podria escribir, contando las cosas que se han sabido por la informacion, que yo he visto, de muchos y muy graves testigos, tomados con autoridad pública, por mandado del serenísimo rey de Portugal, don Juan el Tercero. Yo solamente he querido tocar algunas pocas cosas con la brevedad que en las demas suelo guardar (1).

CAPÍTULO VIII.

Cómo los padres de la Compañía fueron á la isla de Córcega.

Por este mismo tiempo se comenzó en Módena un colegio, y otro en Perosa, cuyo rector fué el padre Everardo Mercuriano, varon grave y prudente, que siendo ya bien ejercitado en letras humanas, filosofía y teología, y tenido por hombre muy cuerdo en su trato y conversacion, el año de mil y quinientos y cuarenta y ocho, en Paris, habia entrado en la Compañía, y despues vino á ser el cuarto prepósito general. La ocasion del colegio de Perosa fué, el haber predicado en ella poco antes el padre maestro Lainez, el cual de Perosa partió para Génova, pidiéndole aquella república; á la cual movió tanto con su doctrina y ejemplo, que fué gran parte que en ella se hiciesen muchas obras pías y de caridad. Y tambien que aquella república suplicase con grande instancia al sumo Pontífice que enviase algunos de los nuestros á la isla de Córcega, para que visitasen y enseñasen á aquellos pueblos, que estaban tan incultos y rudos, y olvidados de Dios y de sí, con los vicios que de la ignorancia suelen nacer. Fueron pues enviados dos de la Compañía con grandes poderes de la Sede Apostólica; de los cuales usaron quanto fué necesario, con tal moderacion y entereza de vida, que aunque con los sermones hicieron mucho fructo en aquella gente, fué mucho más lo que movieron con su ejemplo. Dieron una vuelta á toda la isla, con harta fatiga de espíritu y de cuerpo. Pusieron toda su industria y diligencia en pacificar y concordar los unos con los otros, y quitar muchas discordias y enemistades que habia, y en desarraigar innumerables pecados que se les habian entrado en sus casamientos y desposorios, y en reparar y adornar los templos, en amonestar á los sacerdotes y animarlos para que viviesen como su oficio pedia. Y

(1) Enmendaba «tocar algunas cosas con brevedad.» No se hizo la enmienda.

finalmente, en oír confesiones y predicar, y en hacer todas las obras de piedad, para la buena edificación de aquellos pueblos. Mas trabajó mucho Satanás por estorbarles este tan próspero suceso. Porque el año siguiente de mil y quinientos y cincuenta y tres algunos religiosos y sacerdotes (2) (á los cuales por ventura era amarga la verdad, y desabrida la correccion) escribieron á Roma muchas cosas falsas y feas, y allá las sembraron, y pusieron en los oídos de los príncipes y cardenales grandes maldades é injustas acusaciones contra ellos. De las cuales deseando Ignacio apurar la verdad, envió á Sebastian Romero á Córcega; el cual tornó en breve tiempo á Roma, y trujo muchos y muy graves testimonios públicos del gobernador de la isla y de los otros magistrados y ciudades, que daban fe de la bondad, inocencia y religion con que siempre habian vivido entre ellos los padres de la Compañía, y escribieron todos los sobredichos, así al sumo Pontífice como á otras personas illustres, tales alabanzas y encarecimientos de su ejemplo y virtud, que ellos, por su modestia, no los podian oír sin mucha vergüenza y confusion.

CAPÍTULO IX.

Cómo se hizo inquisicion contra los ejercicios espirituales, y se fundaron algunos colegios, y se repartieron en España las provincias.

En España, el mismo año de cincuenta y tres, no faltaban á la Compañía sus probaciones, con las cuales cada dia más se acrecentaba y florecia, como crece con las lluvias y vientos el árbol bien plantado. Era admirable el fructo que en todas suertes de gentes se hacia en España con el uso de los ejercicios espirituales, aunque no faltaron algunas personas bien intencionadas, pero mal avisadas, que, sin querer entender nuestras cosas, ni informarse de la verdad, se dejaron decir, y aún escribir, muchas censuras y pareceres contra el libro de los *Ejercicios*, calificando y notando sus proposiciones, hasta ponerlos en manos de la santa Inquisicion. Mas en fin, la verdad con su luz vino á deshacer todas las tinieblas, y con su sinceridad y llaneza pudo más que las compuestas y aparentes razones; y así con su fuerza, como con la autoridad de la Sede Apostólica, se defendió, y fácilmente quebrantó y derribó aquel impetu con que los hombres la querian oprimir; y con esta victoria se adelantó mucho en toda Castilla y Portugal la Compañía. Porque el infante don Enrique de Portugal, hijo del rey don Manuel y cardenal de la santa Iglesia romana, á imitacion de su hermano, el esclarecido rey don Juan, quiso mostrar su ánimo santo y religioso en acrecentar la noble ciudad de Eborá (de donde era arzobispo), haciendo en ella un colegio y universidad de la Compañía. Edificó y dotó, como gran príncipe, este colegio de Eborá, donde ahora se leen con gran concurso y frecuencia de oyentes todas las ciencias y facultades, y son

(2) Eclesiásticos. (Riv.)

más de ciento y veinte las personas que allí están de la Compañía ordinariamente. Y al colegio de Coimbra se añadió tambien la casa de probacion, donde se erian y enseñan los novicios conforme á las reglas de la Compañía. Y en Lisboa tambien se hizo de nuevo casa de profesos, y el colegio que allí estaba se acrecentó mucho en el número de la gente y de las liciones. Y allende destos, este mismo año de mil y quinientos y cincuenta y tres tuvo principio el colegio de Avila, y tambien el de Córdoba, que fué el primero en el Andalucía; el cual tuvo ocasion de la entrada en la Compañía del padre Antonio de Córdoba, hijo de don Lorenzo de Figueroa y de doña Catalina Hernandez de Córdoba, condes de Feria y marqueses de Pliego. Porque este padre, luégo que entró en la Compañía, procuró de dar noticia della á los que no la conocian, y de llevarla á Córdoba con los brazos y poder de los de su casa, que en aquella ciudad son tan grandes señores y tan poderosos. Para tratar desta ida con la ciudad, fué á Córdoba el padre Francisco de Villanueva con un compañero. Estaba en ella á la sazón don Juan de Córdoba, dean de aquella iglesia, hombre poderoso y rico, y de mucha autoridad y valor; el cual, sin haber visto hombres de la Compañía, tenia dellos siniestra informacion. Como supo este caballero que dos de ella habian venido á Córdoba, mandólos buscar y convidar á comer, y esto (como él lo decia despues) con intencion de inquirir y saber nuestras cosas, por ver si eran conformes á su opinion. Venidos, les ruega y les hace fuerza que quieran posar en su casa, y ellos le obedecieron. Mirábalos curiosamente, y estando con ellos, sacábalos á plaza en muchas materias, y cuando estaban solos acechábalos secretamente, de dia y de noche, por ver qué hablaban y hacian, en qué se ocupaban y cómo vivian. Oyó y vió tales cosas en ellos, que donde pensó coger, quedó cogido, y entendió que Dios le habia tomado en la red que tendia á los otros. Moviése con las pláticas y ejemplo de aquellos dos, padre y hermano, de suerte que todo el odio y aborrecimiento que le parecia ántes tenerles, se le trocó Dios en verdadero amor y gran reverencia. Dentro de pocos dias hizo donacion á los nuestros de las casas de su morada, que eran muy grandes y suntuosas, y con ellas les dió ornamentos preciosos y piezas de oro y de plata, que él tenia en gran número, para el servicio de la iglesia, señalándoles la renta que pudo para fundacion del colegio. Y esto con tanta afición y voluntad, que decia que ni podia comer, ni dormir, ni velar, ni hacer otra cosa, sino pensar en el colegio; y así vino á hacer esto en tan breve tiempo, que fué grande espanto el que en todos causó la súbita mudanza, así de su vida como de su voluntad y opinion para con nosotros. Porque ni él habia primero encubierto la poca voluntad que nos tenia, ni lo que despues hizo podia ser secreto, por la grandeza y autoridad de su persona, que en España era tan conocida. Para todas estas cosas, y para el augmento de la Compañía en España, no hizo

poco al caso la venida á ella del padre maestro Hierónimo Nadal, al cual este mismo año envió Ignacio por comisario general destos reinos, para que promulgase y declarase á los nuestros las constituciones que él habia escripto, y para que visitase los colegios, y mirase el órden y observancia religiosa que habia en ellos, y los distribuyese en diversas provincias, para que mejor se pudiesen gobernar. Lo cual hizo así; y dejó hechos provinciales al padre doctor Araoz, de Castilla; al padre doctor Mignel de Torres, de Andalucía; al padre maestro Francisco de Estrada, de Aragon, y al padre Diego Miron, de Portugal; que éste era el órden que le habia dado Ignacio, y que dejase por superior de todos cuatro provinciales (como le dejó, con nombre de comisario general en España) (1) al padre Francisco de Borja, cuya autoridad fué siempre acerca de todos muy grande.

CAPÍTULO X.

Cómo se fundaron otros colegios de la Compañía.

Repartidas las provincias, y ordenados los colegios, y publicadas las constituciones, como habemos dicho, se extendió maravillosamente la Compañía por todas partes. Primeramente, muchos principales ciudadanos de Sevilla, movidos del ejemplo de sus vecinos los de Córdoba, procuraron que se diese principio en su ciudad á un colegio de la Compañía. Y así fueron los nuestros á Sevilla, el año de mil y quinientos y cincuenta y cuatro, y entre ellos el mismo padre Francisco de Borja, que con su presencia, conversacion y sermones consoló mucho aquella ciudad. Fundóse tambien el de Granada, para el cual ayudó mucho el celo santo y devocion del arzobispo don Pedro Guerrero. El cual, habiendo tratado en el concilio de Trento, y conocido familiarmente á los padres maestro Lainez y maestro Salmeron, que allí estaban por teólogos del Papa, y habiéndose satisfecho en gran manera de su vida y doctrina, y del instituto de la Compañía, favoreció entónces y despues siempre quanto pudo aquel colegio. Tambien volvió del concilio de Trento muy aficionado á la Compañía, por la comunicacion de los mismos padres, don Gutierrez de Caravajal, obispo de Plasencia; el cual edificó en ella un colegio á la Compañía, y le dotó de renta perpétua. Al mismo tiempo se dió principio al colegio de Cuenca; la ocasion fué el haberse enviado á aquella ciudad, que es fresca y de sanos aires, algunos hermanos de la Compañía, que en el colegio de Alcalá, en los tiempos de vacaciones y calores, no se hallaban con buena disposicion. Comenzó este colegio el canónigo Pedro del Pozo, mas despues le acabó y le dotó Pedro de Marquina, canónigo tambien de la misma ciudad de Cuenca, que fué, estando en Roma, y miéntras que vivió, devotísimo del padre Ignacio, y despues lo fué de toda la Compañía. Y por la mucha gente que entraba en

(1) Borró el contenido de este paréntesis, que, á pesar de eso, continuó poniéndose.

ella en España, para que se criasen los novicios conforme á nuestro instituto, se hizo en Simancas casa de probacion, cuyo primer rector fué el padre Bartolomé de Bustamante. Esta fué la primera casa de novicios que se hizo en Castilla, por orden del padre Francisco de Borja; mas despues se mudó á Medina del Campo, y se han hecho otras muchas en estas provincias de España. Tambien en Italia iba adelante la Compañía, y se hacian nuevos colegios en ella. El de Génova asentó el padre Lainez, favoreciéndole con mucha devocion los naturales de aquella señoría. Mas entre todos se ha señalado la liberalidad y amor de Paulo Doria con la Compañía, y en particular con aquel colegio. A la devotísima y sagrada casa de nuestra Señora de Loreto, donde por la memoria y reverencia de haberse vestido en ella de nuestra mortal carne (como piadosamente se cree) (1) el eterno Hijo de Dios, vienen en romería de toda la cristiandad, con maravillosa devocion, infinita muchedumbre de gentes, envió en este tiempo algunos de los nuestros el padre Ignacio, á instancia del cardenal de Carpi, Rodolfo Pío, protector de aquella santísima casa, para que con sus trabajos y ejemplo se conservase y acrecentase la devocion de aquel santo lugar, y la de los peregrinos que á él venian. Y viendo despues que sucedía el fructo que se habia esperado, y que cada dia iba de bien en mejor, acrecentó el Cardenal el número de los nuestros, y hase fundado en Loreto un principal colegio, que está confirmado con autoridad de la Sede Apostólica, en cuyo estado y proteccion está aquella santa casa de Loreto. Tambien crecia la Compañía en este tiempo en el reino de Sicilia; porque en Zaragoza comenzó un colegio Suero de Vega, hijo del virey Juan de Vega, que era gobernador de aquella ciudad. Y Monreal les compró casa, y hizo iglesia el cardenal Farnesio, arzobispo que entónces era de Monreal, y les dió con qué se pudiesen sustentar los que en aquel colegio morasen de la Compañía. Desde entónces quedó Sicilia provincia por sí, y hizo Ignacio provincial della al padre Hierónimo Domenech.

CAPÍTULO XI.

Del decreto que en París hizo contra la Compañía el colegio de Sorbona.

Miéntas que pasaba esto que habemos contado en España y en Italia, el mismo año de mil y quinientos y cincuenta y cuatro, comenzaba la Compañía á tener casas conocidas en Francia. Porque, aunque desde el principio siempre hubo algunos de los nuestros que estudiaban en la universidad de París, mas no estaban en casa aparte, como en casa de religion, ni en colegio propio, hasta que don Guillermo de Prado, obispo de Claramonte, que en Trento habia tenido grande amistad con los padres Lainez, Salmeron y Claudio Yayo, y de ellos noticia y satisfaccion de nuestro instituto, determinó de edificarnos dos colegios, el uno en su dió-

(1) Borrado el paréntesis; sigue poniéndose.

cesi, en la ciudad de Billon, y el otro en París, y así lo hizo. Para regir estos colegios, y para mirar por las cosas de la Compañía, envió á Francia Ignacio por provincial al padre Pascasio Broeth, frances de nacion, y uno de sus primeros compañeros. Pidieron los nuestros para esto, al rey Enrico de Francia, que fuese su majestad servido y tuviese por bien de recibir en su reino la Compañía, y de darle privilegio para que los de ella gozasen de la naturaleza como si hubieran nacido en Francia. Remitió el Rey este negocio al Parlamento de París. El Parlamento, por ser cosa que tocaba á la religion, mandó á la facultad de teología de París que examinase nuestro instituto, y viese con diligencia las bulas y letras apostólicas que teniamos, y que de todo hiciese relacion al Consejo, y diese su parecer. Habia en este tiempo, entre los doctores teólogos, uno que era el principal y el de más autoridad, el cual estaba sentido de los nuestros porque contra su voluntad habian recibido en la Compañía un su sobrino. Juntábanse con él algunos otros doctores de diversas religiones, que cada uno por sus respetos, no favorecian mucho nuestra causa, y no faltaban otros que no se les daba nada de todo ello, ni de cualquier suceso que esta causa tuviese. Muchos habia tambien que seguian la opinion del vulgo, y los rumores que andaban sembrados por el pueblo contra nosotros públicamente, sin examinar la verdad, y nos eran contrarios, y peleaban agramente contra nuestra religion, pensando que en ello hacian servicio á nuestro Señor y que defendian la misma religion. Juntáanse pues estos jueces á tratar de nuestra causa, y habido su acuerdo, hacen aquel decreto que despues publicaron. En el cual declara la facultad de teología de París lo que siente de nuestro instituto y Compañía. El cual decreto fué, ni más ni ménos, como el que la misma facultad hizo contra la religion de Santo Domingo cuando estaba en sus principios; y á la verdad, es tan riguroso, severo y ofensivo, que quien le leyere y cotejare bien lo que en él se dice con lo que en verdad pasa, verá claramente que se hizo sin tener noticia de la verdad y sin tener informacion de las cosas como ellas son. Con este decreto, los nuestros en París padecieron grande tormenta de turbaciones y tribulaciones que se les levantaron. Porque luégo que se hizo, como la cosa era fresca y los tenían presentes, todos daban en ellos: los estudiantes en sus generales, los frailes en los pulpitos, el pueblo en sus corrillos, el Parlamento en su consejo, y finalmente el Obispo en su iglesia, que parecia que todo el mundo se habia levantado contra ellos. Llegada pues á Roma la nueva del decreto, los padres más antiguos y más señalados de la Compañía eran de parecer que se respondiese á él, porque los que no estaban bien informados de la verdad, movidos con la autoridad de tan insigne facultad, no concibiesen opiniones siniestras en grave perjuicio della y de la Compañía. Y decian que no habia por qué pensar que á la facultad de París le pesase que

CAPÍTULO XII.

Cómo el padre Pedro Correa y el hermano Juan de Sosa fueron martirizados en el Brasil.

En el mismo tiempo que en Francia se hacian decretos contra la Compañía, derramaba ella por Cristo sangre en el Brasil. Porque el padre Pedro Correa y el hermano Juan de Sosa, portugueses de nacion, yendo á predicar el Evangelio á los pueblos ibirrajaros, fueron asactados de los caribes, gente bárbara y feroz, y degollados estando de rodillas en oracion. Era Pedro Correa hombre noble y valiente, el cual, ántes que entrase en la Compañía, con celo de la fe y en defensa de los cristianos, hizo grande estrago en aquellos infieles, y despues fué el primero que en el Brasil entró en la Compañía, y para alcanzar perdon de sus pecados y recompensar cuanto pudiese con buenas obras el daño que habia hecho en aquellos pueblos, se ocupaba dias y noches trabajando en traerlos al conocimiento de Jesucristo y al camino de su salvacion. Vivió cinco años en la Compañía en estos ejercicios, con grande humildad, obediencia y deseo de la perfeccion. Y el atraer á los gentiles á la fe, y el conservarlos en espíritu y devocion, no era con fervores indiscretos, sino con mucha cordura y madura y prudente consideracion, moviéndolos á bien vivir con el ejemplo y ayudándose de la lengua del Brasil, que sabia muy bien, y del uso y experiencia que tenia de las costumbres y ritos de los naturales de aquella tierra. Con lo cual fué mucho el fructo que en este tiempo hizo, hasta que el año de 1554 murió, como dicho es. El otro, que es Juan de Sosa, tambien fué de los primeros que en el Brasil entraron en la Compañía, hombre sencillo y de muy sanas entrañas, que se esmeraba en las virtudes de la penitencia, humildad y caridad. Sacóle Dios de entre los tizonos y cocina, donde servia á los hermanos, para tan glorioso fin y remate de vida como hizo. Y extendióse la Compañía tanto en aquella provincia del Brasil (1), que tenemos casas en los lugares del Salvador, de San Vicente, de Paratinga, del Espiritu-Santo, de Illeos, de Puerto Seguro, de Pernambuco y en otros algunos. Para la fundacion de los cuales, y para el gobierno de todos los nuestros que andan por aquellas partes, hizo Ignacio provincial al padre Manuel de Nobrega.

CAPÍTULO XIII.

Cómo el padre Juan Nuñez, electo patriarca, fué á Etiopia.

Al tiempo que se hacian estas cosas en el Brasil, el padre Juan Nuñez fué electo patriarca de Etiopia.

(1) En vez de esta cláusula, sustitua el padre RIVADENEIRA ésta, más circunstanciada, que tampoco se aceptó: «En la ciudad del Salvador, metrópoli del Brasil, tenemos colegio con casa de probacion, y en él se lee humanidad, filosofia y teología. En la ciudad de San Sebastian del Rio de Enero y en Olinda de Pernambuco, tenemos collegios, y ansimesmo residencias con buen número de padres y hermanos en los Illeos, Puerto Seguro, Espiritu-Santo, Paratinga, San Vicente y en otras partes.»

nosotros defendiésemos nuestra justicia, haciéndolo con la modestia que se debía; ántes que era de creer del buen celo de aquellos doctores, que siendo teólogos (cuya modestia ha de ser tan grande, y tan aventajado el amor que han de tener á la verdad), que en sabiendo la cosa como es, y teniéndola entendida, ellos mismos de suyo desharían su decreto y le anularían, pues le habian hecho (como es de creer), no por mala voluntad, sino por falta de informacion y de conocimiento de la misma verdad. De este parecer eran aquellos nuestros padres; mas Ignacio, con un ánimo sosegado y con rostro (como solia) alegre y sereno, les dice: «Quiéros acordar, hermanos, ahora yo lo que el Señor á sus discípulos cuando de ellos se partía, diciendo: Mi paz os doy y mi paz os dejo yo á vosotros. No se ha de escribir nada, ni hacer de donde pueda nacer alguna amaritud y rancor. Y no os turbe la autoridad de la facultad de teología de París, porque aunque es grande, no podrá prevalecer contra la verdad, la cual bien puede ser que sea apretada y combatida, pero nunca jamas oprimida ni ahogada. Si fuere menester (que espero en Dios que no será), otro ménos peligroso remedio pondrémos á esta herida, con otra más suave medicina la curarémos.» Con esto, escribió Ignacio á todas las provincias y colegios de la Compañía, que estaban en diferentes partes del mundo repartidos, y ordénales que de todos los principes, prelados, magistrados, señorías, universidades y ciudades donde se hallaban, pidan público testimonio de su vida, doctrina y costumbres, y que le envíen los testimonios, cerrados y sellados con autoridad pública, á Roma. Y esto ordenó Ignacio para contraponer, si fuese menester, al decreto de París y al juicio y parecer de unos pocos hombres mal informados, el juicio y aprobacion de todo lo restante del mundo. Hizose así como Ignacio lo ordenó. Y de todas casi las ciudades, provincias y reinos donde estaba entónces la Compañía, le vinieron letras y testimonios auténticos de los magistrados y superiores dellos (los cuales yo he visto), en que todos dan firme, grave y esclarecido testimonio de la virtud y verdad de la Compañía. Mas, con todo esto, no quiso usar de los testimonios Ignacio, porque ya el decreto se iba cayendo de manera, que dentro de pocos dias apenas habia quien se acordase dél, ni le tomase en la boca. Que este suele ser el fin de la falsedad, la cual, sin que la derribe nadie, ella misma se cae y se deshace. Y en España los señores inquisidores tuvieron el decreto por tan contrario á la autoridad de la santa Sede Apostólica, que habia confirmado y aprobado la Compañía, que le vedaron y prohibieron que no se leyese ni tuviese, como cosa sospechosa y mal sonante. Y lo que del decreto se siguió fué, que donde ántes dél no tenia la Compañía ningun colegio en Francia, luégo dentro de un año de como él se hizo, tuvo los dos que he dicho, y se sacó la licencia del Rey.